

Las tres fuentes del marxismo
La obra histórica de Marx
Karl Kautsky

(Reproducción de una conferencia dada por Kautsky en 1907 en Brema. Publicado por primera vez en 1908 en ocasión del veinticinco aniversario de la muerte de Marx. Versión castellana desde *Les trois sources du marxisme. L'oeuvre historique de Marx*, Spartacus – Cahiers mensuels, París, mayo 1969, páginas 5-39)

Índice

Prefacio a la reedición de 1933	2
Introducción	2
I. La síntesis de las ciencias naturales y de las ciencias psicológicas	3
II. Marx y Engels.....	8
III. La síntesis del pensamiento alemán, francés e inglés.....	9
IV. La unión del movimiento obrero y del socialismo.....	13
V. Síntesis de la teoría y de la práctica	20

Prefacio a la reedición de 1933

Este escrito fue publicado por primera vez en 1908, para el vigésimo quinto aniversario de la muerte de nuestro maestro. Después han discurrido otros veinticinco años que han aportado la monstruosa guerra mundial y formidables revoluciones en Europa y Asia. Pero el método de Marx, todo aquello que aportó Marx a la humanidad pensante luchando por formas de vida superior, no ha sido superado en esta época de bruscos cambios sino, por el contrario, afirmado. En estos días, en que todo se resquebraja, en que las clases burguesas y los partidos dudan hasta de sí mismos, el marxismo nos da la única base cierta sobre la que podemos construir, y construiremos, el edificio de un estado social mejor.

Por esta razón puedo reeditar el presente escrito sin cambios, excepto en algunos datos. La obra histórica de Marx no ha perdido nada de su importancia este último cuarto de siglo. Domina más que nunca nuestra época.

K. Kautsky
Viena, febrero de 1933

Introducción

Hace ahora, 14 de marzo de 1980, cincuenta años que murió Karl Marx, y ya hace un siglo que apareció el *Manifiesto Comunista* en el que su doctrina fue expuesta, en sus grandes líneas, por primera vez. Son épocas muy lejanas para nosotros que pertenecemos a un tiempo en el que la vida es tan trepidante y en el que las concepciones científicas y estéticas cambian más rápidamente que la moda. Sin embargo, Karl Marx vive todavía una intensa vida entre nosotros. Domina más que nunca el pensamiento contemporáneo, a pesar de todas las crisis de marxismo y a pesar

de todas las objeciones y las refutaciones de los representantes oficiales de la ciencia burguesa.

Habría sido completamente incomprensible que su influencia fuera tan extraordinaria si Marx no hubiese logrado descubrir los cimientos todavía ignorados de la sociedad capitalista. Tras tales descubrimientos, no quedan más conocimientos sociológicos de importancia primordial a adquirir que sean tales que superen a Marx, y ello durante tanto tiempo como se mantenga la forma actual de la sociedad. Se puede decir también que, durante todo este período, su método será más fructuoso que cualquier otro.

La poderosa y durable influencia de Marx sobre el pensamiento moderno habría sido aun más incomprensible si no hubiese sabido superar con el pensamiento el modo de producción capitalista. Reveló las tendencias que llevaban a un forma superior de sociedad y cuyos objetivos, aunque muy alejados, se acercan continuamente deviniendo cada vez más tangibles en el curso de la evolución. A medida que se constatan estos hechos se comprende mejor la grandeza del hombre que los profetizó.

La fusión tan rara de profundidad científica con la audacia revolucionaria los hace vivir con tanta más intensidad medio siglo después de su muerte como cuando estaba entre los vivos.

Si queremos definir el carácter de la contribución histórica de este hombre prodigioso puede que lo mejor sea decir que es una síntesis de dominios diferentes y a menudo contradictorios: encontramos ahí, ante todo, la síntesis de las ciencias naturales y de las ciencias psicológicas, la síntesis del pensamiento inglés, francés y alemán, la del movimiento obrero y del socialismo y, por fin, la de la teoría y la práctica. Es por ello que consiguió no solamente conocer estos dominios del saber con una universalidad sin parangón sino que, también, logró poseer esos conocimientos de una manera magistral que le hizo posible nutrir la formidable contribución histórica que marcó con su sello los últimos lustros del siglo diecinueve y los dos primeros del vigésimo.

I. La síntesis de las ciencias naturales y de las ciencias psicológicas

La producción teórica de Karl Marx es la base de toda su actividad. Debemos, pues, considerarla en primer lugar. Pero precisamente su vulgarización presenta dificultades particulares. Confiamos en que nos sea posible superarlas aunque estemos obligados a limitarnos. En cualquier caso, los puntos que trataremos serán fácilmente comprensibles. El lector no tendrá, pues, que descorazonarse en la lectura de las primeras páginas, las siguientes serán más fáciles.

Las ciencias están repartidas en dos grandes dominios: el de las ciencias naturales, que buscan definir las leyes de los movimientos de los cuerpos inanimados y animados, y el de las ciencias psicológicas o ciencias del espíritu, dichas, en suma, impropriamente así: porque el espíritu, en la medida en que aparece como manifestación de un cuerpo particular, es un dominio de las ciencias naturales. La psicología, es decir la ciencia del alma, utiliza los métodos de las ciencias naturales y nunca nadie ha pensado en emplear las ciencias psicológicas en la curación de enfermedades mentales. Las ciencias naturales tienen un incontestable derecho sobre este dominio.

Lo que se llaman las ciencias psicológicas son en realidad ciencias sociales; tratan de las relaciones del hombre con sus semejantes. Sólo las actividades y manifestaciones psicológicas del hombre que se tienen en cuenta son objeto propio de las ciencias psicológicas.

Entre éstas se puede, de nuevo, distinguir dos grupos: unas estudian la sociedad humana como tal y se basan en observaciones numéricas.

A este grupo pertenecen la economía política, dicha de otra forma la ciencia de las leyes de la sociedad económica bajo el régimen de producción material; la etnología, es decir el estudio de las condiciones sociales de los diferentes pueblos; por fin, la prehistoria, o la ciencia de las condiciones sociales del período del que no se nos han transmitido documentos escritos.

El otro grupo de las ciencias psicológicas comprende aquellas que hasta el presente se ocupan sobretodo del individuo y que tratan de su lugar y actividad en la sociedad: la historia, el derecho, la ética o moral.

El segundo grupo de las ciencias psicológicas es extremadamente antiguo y ha ejercido todo el tiempo la más gran influencia sobre el pensamiento humano. El primer grupo, por el contrario, en la época de la formación de Marx, era reciente, sólo después llegó a los métodos científicos. Era dominio de los especialistas y no tenía todavía influencia sobre las ideas generales, cuando éstas estaban impregnadas de las ciencias naturales y psicológicas del segundo grupo.

Entre estas dos últimas categorías de ciencias había un abismo, que revelaba las concepciones generales opuestas engendradas por cada una de ellas.

Las ciencias naturales habían permitido descubrir en la naturaleza tanto relaciones necesarias y conformes a leyes, o en otros términos se había constatado a menudo que las mismas causas engendraban los mismo efectos, que estaban penetradas por la hipótesis de una conformidad causal general en la naturaleza y que había desterrado completamente la idea de fuerzas misteriosas actuando de manera arbitraria.

El hombre moderno ya no intenta influenciar a su favor tales potencias mediante plegarias y sacrificios sino que, por el contrario, tiende a conocer las relaciones causales en la naturaleza a fin de concluir de qué tiene necesidad para su supervivencia o su placer.

En el caso de las ciencias psicológicas es completamente diferente. Éstas estaban todavía dominadas por la idea de la libertad de la voluntad humana, voluntad que no dependía pues de ninguna necesidad causal. Los juristas y los moralistas estaban inclinados a mantenerse fieles a esta idea para no sentir que se abría la tierra bajo sus pies. Si el hombre es producto de las circunstancias, y su acción y voluntad lo es de causas que no dependen de su buen parecer ¿en qué se convierte entonces el pecado y el castigo, el bien y el mal, la sentencia jurídica y el juicio moral?

Esto no era, cierto, más que un móvil, un considerando y no un argumento de la razón práctica. Ésta estaba nutrida sobretodo por la ciencia histórica que, en realidad, no se basaba más que en el conjunto de documentos escritos de las épocas anteriores en las que los hechos de individuos aislados, especialmente de los soberanos, estaban consignados a menudo por ellos mismos. Parecía imposible encontrar una necesidad causal cualquier en estos hechos aislados. Espíritus formados en la escuela de las ciencias naturales intentaron en vano encontrar tal necesidad. Se rebelaron ciertamente contra esta concepción, que la conformidad general a las leyes de la naturaleza no era válida en lo que concernía a la acción del hombre. La experiencia les aportaba suficientes materiales para probar que el espíritu no era una excepción en la naturaleza, y que a las mismas causas el espíritu respondía siempre con los mismos efectos. Sin embargo, si se llegó a establecer incontestablemente la relación causal para los actos psicológicos simples que el hombre tiene en común con los animales, para sus actos complicados, para las ideas sociales y los ideales, los naturalistas no pudieron descubrirlo. Sin duda pudieron afirmar que el espíritu humano formaba parte de la naturaleza y que estaba regido por leyes necesarias, pero no lograron probarlo para todos los dominios de una manera suficiente. Su monismo materialista se mantenía incompleto y no pudo tener razón sobre el idealismo y el dualismo.

Entonces llegó Marx. Vio que la Historia es el resultado de las luchas de clases; vio también que, en la Historia, las ideas por las que actuaban los hombres, sus éxitos y fracasos son el resultado de las luchas de clases. Pero vio más aun. Las oposiciones y las luchas de clases ya habían sido constatadas antes de él en la Historia, pero aparecían sobretodo como la obra de necedad y la maldad, por una parte, de sentimientos elevados y del progreso de las ideas, por la otra. Marx fue el primero en descubrir su relación necesaria con las relaciones económicas, cuyas leyes pueden conocerse, como demostró claramente. Pero las mismas relaciones económicas descansan, a su vez y en última instancia, en el carácter y grado de dominación del hombre sobre la naturaleza, que resulta del conocimiento de las leyes de ésta. Por distinta que pueda parecer la sociedad del resto de la naturaleza, aquí como allí, encontramos la evolución dialéctica, es decir el movimiento causado por una lucha de oposiciones que surgen espontáneamente y continuamente del mismo medio.

La evolución social fue también situada en el marco de la evolución natural; el espíritu humano, incluso en sus manifestaciones más elevadas y más complicadas, en sus manifestaciones sociales, estaba explicado como parte de una porción de la naturaleza; la conformidad causal de su actividad quedó demostrada en todos los dominios y la última base del idealismo y del dualismo filosófico destruida.

De esta manera, Marx no sólo transformó completamente la ciencia histórica sino que, también, superó el abismo entre las ciencias naturales y las ciencias psicológicas. Al mismo tiempo, fundó la unidad del saber humano y, por ello mismo, hizo superflua la filosofía en la medida en que buscaba reemplazar, precisamente, esta unidad. La filosofía, en efecto, no era una sabiduría situada por encima de las ciencias y que no se deducía de ellas; constituía una cierta unidad de pensamiento sobre la evolución del mundo.

La concepción de la Historia de Marx representa un formidable progreso científico. El pensamiento y el conocimiento humanos habrían tenido que extraer abundantemente de ella (pero, cosa singular, la ciencia burguesa se desvió completamente y sólo en oposición a esta última, en tanto que ciencia particular, pudo afirmarse la nueva concepción científica).

Se han burlado de la oposición entre la ciencia burguesa y la ciencia proletaria, ¡como si pudiese haber una química o matemáticas burguesas y una química o matemáticas proletarias! Pero los burlones prueban únicamente que no saben de qué se trata.

El descubrimiento de la concepción materialista de la Historia suponía dos condiciones previas. En primer lugar un desarrollo suficiente de la ciencia y, en segundo lugar, un punto de vista revolucionario.

La conformidad con las leyes de la evolución histórica no podía ser descubierta más que cuando las nuevas ciencias psicológicas, de las que hemos hablado más arriba, la economía política, la etnología y la prehistoria, hubiesen alcanzado cierto nivel. Únicamente estas ciencias, cuya esencia excluía en primer lugar al individuo y que desde el principio se basaban en observaciones numéricas, permitían encontrar leyes fundamentales de la evolución social y estudiar las corrientes que llevaban a los individuos y, en primer lugar, a aquellos que sólo admitían la forma tradicional de escribir la Historia.

Estas nuevas ciencias psicológicas no se desarrollaron más que con el modo de producción capitalista y con la circulación económica mundial que depende de él. Sólo cuando el capital devino preponderante pudieron tener resultado pero, por el mismo hecho, la burguesía había dejado de ser una clase revolucionaria.

Sin embargo, únicamente semejante clase podía aceptar la doctrina de la lucha de clases. Una clase que quiere el poder, debe querer la lucha que lleva adelante para ello, y comprende fácilmente su necesidad. Por el contrario, una clase en el poder considerará semejante lucha como inoportuna y se alejará de toda doctrina que demuestre su necesidad.

Esta clase se alzaría mucho más contra la doctrina de la lucha de clases cuanto más esta doctrina de evolución social proponga como conclusión fatal de la lucha de clases contemporánea la aniquilación de los actuales dueños.

La teoría según la cual los hombres son el producto de las relaciones sociales, en un punto tal que los miembros de una sociedad de una forma de terminada se distinguen de los hombres vivos en sociedades de otras formas, no es ya aceptable para una sociedad conservadora, porque el cambio de sociedad aparecería como el único medio de cambiar a los hombres. Durante el tiempo en que la burguesía fue revolucionaria predicó la concepción según la cual los hombres eran producto de la sociedad; pero desgraciadamente entonces las ciencias que debían permitir el estudio de las fuerzas motrices de la evolución histórica no habían progresado todavía suficientemente. Los materialistas franceses del siglo XVIII no conocían la lucha de clases y no prestaban atención al progreso técnico.

Así si bien sabían que, para cambiar a los hombres, había que cambiar a la sociedad, no veían de dónde provenían las fuerzas necesarias a este efecto. Las veían sobretodo en la fuerza todopoderosa de individuos extraordinarios y, ante todo, de educadores. El materialismo burgués no pudo ir más lejos.

Desde que la burguesía devino conservadora, la idea que los inconvenientes propios a nuestro tiempo se debían a las relaciones sociales, que debían, en consecuencia, ser cambiadas, se le hizo rápidamente insoportable. En la medida en que la burguesía se inspira en los métodos de las ciencias naturales, ahora intenta probar que los hombres son naturalmente lo que son, que deben ser tales y que querer cambiar la sociedad no significa otra cosa más que querer perturbar el orden natural. Se debe estar exclusivamente formado según la disciplina de las ciencias naturales, y mantenerse insensible a las relaciones sociales de nuestro tiempo, para afirmar la perpetuación necesaria de estas últimas. La mayor parte de la burguesía ya no tiene ánimo; trata de consolarse cuestionando el materialismo y reconociendo el libre arbitrio. No es la sociedad la que hace a los hombres, afirman, sino que, por el contrario, los hombres hacen a la sociedad según su voluntad. La sociedad es imperfecta porque los hombres lo son. Debemos mejorar la sociedad no mediante transformaciones sociales sino desarrollando a los individuos, insuflándoles una moralidad superior. Los mejores hombres producirán una sociedad mejor. La ética y el reconocimiento del libre arbitrio han devenido las doctrinas favoritas de la burguesía actual. Estas doctrinas deben revelar la buena voluntad de la burguesía, remediar los defectos sociales, no empujar a un cambio social cualquier sino, por el contrario, oponerse a él.

Los conocimientos que pueden adquirirse sobre la base de la unidad científica fundada por Marx son inaccesibles a quienes se mantienen en el plano de la sociedad burguesa. Sólo quien toma una posición crítica frente a la sociedad burguesa o, dicho de otra forma, únicamente quien se coloca en el terreno del proletariado, puede llegar a la comprensión de estos conocimientos. En esta medida se puede distinguir la ciencia proletaria de la ciencia burguesa.

Naturalmente, la oposición entre la ciencia proletaria y la ciencia burguesa se expresa más intensamente en las ciencias psicológicas, mientras que la oposición entre la ciencia feudal o católica y la ciencia burguesa se muestra de la manera más impactante en las ciencias naturales. Pero el pensamiento humano tiende siempre hacia

la unidad, los diferentes dominios científicos se influyen siempre recíprocamente, y por esta razón nuestras concepciones sociales actúan sobre nuestra concepción general del mundo. Así, la oposición entre la ciencia burguesa y la ciencia proletaria se impone finalmente también en las ciencias naturales.

Se puede observar ya esta influencia en la filosofía griega. Un ejemplo entre otros, que se encuentra en estrecha relación con nuestro estudio, se revela en la ciencia moderna. Ya he indicado más adelante que la burguesía, mientras fue revolucionaria, admitía también que la evolución natural se cumplía catastróficamente. Desde que se hizo conservadora, ya no pudo escuchar hablar de catástrofes en la naturaleza. La evolución se cumplía ahora, según la burguesía, de una manera más lenta y exclusivamente por vía de cambios imperceptibles.

Las catástrofes le parecen anormales, monstruosas y, además, únicamente propias para trastornar la evolución natural. Y a pesar de la teoría darwinista de la lucha por la existencia, la ciencia burguesa se esforzó en identificar la evolución con un movimiento completamente pacífico.

Para Marx, por el contrario, la lucha de clases sólo era una forma de la ley general de la evolución de la naturaleza, que no tenía un carácter pacífico. La evolución es para él, como lo hemos señalado ya, “dialéctica”, es decir el producto de una lucha de elementos opuestos que surgen necesariamente. Todo conflicto de esos elementos irreconciliables debe, finalmente, conducir al aplastamiento de uno de los dos protagonistas y, en consecuencia, a una catástrofe. Ésta puede prepararse muy lentamente, la fuerza antagonista puede crecer imperceptiblemente, pero finalmente el hundimiento de uno de los antagonistas será inevitable, a consecuencia de la lucha y del crecimiento en fuerza del otro. Todos los días, a cada paso que damos, encontramos pequeñas catástrofes tanto en la naturaleza como en la sociedad. Cada muerte es una catástrofe. Todo ser y toda cosa deben sucumbir ante la preponderancia de un antagonista. Esto no es sólo cierto para las plantas y los animales sino también para sociedades enteras, para imperios y para cuerpos celestes.

Para estos últimos, también la marcha del proceso general de la evolución prepara en ciertos momentos catástrofes por un crecimiento gradual de las contradicciones. Ningún movimiento, ninguna evolución sin catástrofes de vez en cuando. Representan un estadio necesario de la evolución que es imposible sin revoluciones intermitentes. Esta concepción supera a la concepción burguesa revolucionaria que admitía que la evolución se cumplía únicamente mediante catástrofes, tanto más a la concepción burguesa conservadora que ve en la catástrofe una perturbación, una desaceleración y no un pasaje necesario de una evolución a menudo lenta e imperceptible a otra.

En la crítica del conocimiento encontramos otra oposición entre la ciencia burguesa y la ciencia proletaria o, si se prefiere, conservadora y revolucionaria.

Una clase revolucionaria, que se siente con la talla para conquistar la sociedad, está también inclinada a no admitir límites a sus conquistas científicas y a considerarse capaz de resolver todos los problemas de su tiempo. Una clase conservadora, por el contrario, teme instintivamente a todo progreso no solamente en el dominio político y social sino, también, en el terreno científico, porque siente que toda ciencia profunda no puede ya serle de gran utilidad sino que, por el contrario, puede perjudicarle infinitamente. Está inclinada a renegar de su confianza en la ciencia.

La ingenua seguridad que animaba a los pensadores revolucionarios del siglo XVIII, como si tuviesen en el bolsillo la solución para todos los enigmas del mundo, como si hablasen en nombre de la Razón absoluta, ya no puede ser compartida hoy en día por el más audaz revolucionario.

En nuestros días nadie negará aquello que sabía ciertamente más de un pensador del siglo XVIII e incluso de la Antigüedad: que todo nuestro saber es relativo, que representa una relación del hombre, del “yo”, con el resto del mundo, y que nos muestra únicamente esa relación y no la del mundo en sí mismo. Todo conocimiento es, en consecuencia, relativo, condicionado y limitado y no hay verdades absolutas y eternas.

Esto significa simplemente que no hay límites para nuestro conocimiento, que el proceso del conocimiento es ilimitado, infinito, y que es *verdaderamente* demencial proponer cualquier conocimiento como conclusión definitiva de la verdad. No es menos demencial considerar cualquier proposición como el límite extremo de la sabiduría que jamás podremos superar.

Mucho mejor, sabemos que la humanidad siempre ha logrado superar cualquier límite de su saber, límite que sabe que puede franquear, tarde o temprano, para encontrar más lejos, por otra parte, nuevas fronteras que antes no sospechaba.

No tenemos que temer en absoluto abordar cualquier problema que estemos en condiciones de elucidar.

No hemos de dejar caer los brazos, desanimados, para murmurar resignados: *Ignorabimus* (ignoramos), jamás sabremos nada. Este desánimo, sin embargo, caracteriza al pensamiento burgués moderno. En lugar de tender con todas sus fuerzas a ampliar y profundizar nuestro saber se aplica con todas sus fuerzas a fijar límites y a desacreditar la certidumbre del conocimiento científico.

Mientras que la burguesía fue revolucionaria hizo caso omiso a semejantes problemas.

Tampoco Marx ahorró jamás esfuerzos para refutar la filosofía burguesa actual.

II. Marx y Engels

Lo que permitió a Marx fundar la unidad de las ciencias fue su punto de vista revolucionario proletario. Pero cuando hablamos de Marx nunca debemos olvidar que esta obra fue cumplida al mismo tiempo por Federico Engels, un pensador de valor igual y que, sin la estrecha colaboración de estos dos hombres, la nueva concepción materialista de la Historia, y la nueva concepción histórica o dialéctica del mundo, no habría podido presentarse ni una sola vez de una manera tan general y acabada a la vez.

Engels llegó a esta concepción por una vía diferente a la de Marx. Marx era el hijo de un hombre de leyes y se dedicó en principio a la carrera judicial, después, más tarde, a la carrera universitaria. Estudió el derecho, la filosofía y la Historia y no se volcó en los estudios económicos hasta que sintió amargamente que le hacían falta.

En París estudió economía, la historia de la Revolución y el socialismo, y el gran pensador Saint-Simon parece haber tenido sobre él una enorme influencia. Estos estudios lo llevaron a la idea que no son ni la ley ni el estado los que hacen a la sociedad sino que, por el contrario, es la sociedad nacida de procesos económicos la que hace la ley y al estado según sus necesidades.

Engels, por el contrario, era el hijo de un industrial. Recibió los primeros fundamentos de su saber no en el gimnasio sino en la escuela media en la que aprendió a pensar según los métodos de las ciencias naturales. Entró enseguida en el comercio y ejerció la economía, práctica y teóricamente, en Manchester, el centro del capitalismo inglés en el que su padre poseía una fábrica.

Proveniente de Alemania, donde se había familiarizado con la filosofía hegeliana, supo profundizar la ciencia económica que encontró a su llegada a Inglaterra. Llamó su atención sobretudo la historia económica. La lucha de clase proletaria no

estaba tan desarrollada, hacia los años cuarenta del siglo XIX, en ninguna parte, ni su ligazón con la evolución capitalista era tan evidente, como en Inglaterra.

Así Engels llegó al mismo tiempo que Marx, pero por otro camino, al umbral de la misma concepción materialista de la Historia. Si uno llegó por el camino de las antiguas ciencias psicológicas, es decir el derecho, la ética, la historia económica, la etnología y por las ciencias naturales, se reencontraron en la Revolución, en el socialismo. Lo que les aproximó inmediatamente, cuando entablaron relaciones personales en 1844 en París, fue la concordancia de sus ideas. La identidad de las ideas dejó muy pronto sitio a una comunión completa y a una colaboración en la que es imposible decir aquello que aportó cada uno. Ciertamente Marx era el más eminente de los dos y nadie lo reconoció con menos envidia, e incluso más alegremente, que el mismo Engels. Su manera de pensar se llama desde entonces marxista, del nombre del mismo Marx. Pero Marx no hubiese podido producir lo que produjo sin Engels, de quien aprendió en una medida formidable (por otra parte igualmente cierto a la inversa). Cada uno de ellos se elevó gracias a su colaboración con el otro y llegó, así, a una ampliación de sus puntos de vista y a una universalidad que no habría podido conquistar por sí solo. Marx habría llegado, sin Engels y como Engels sin Marx, a la concepción materialista de la Historia, pero su evolución habría sido más lenta porque los errores habrían sido más numerosos. Marx era el pensador más profundo y Engels el más audaz. En Marx estaba más desarrollada la fuerza de abstracción, es decir el don de descubrir lo que es general en la confusión de los fenómenos particulares; en Engels, era el espíritu de combinación lo que predominaba, es decir la capacidad de reconstituir, con la ayuda de observaciones particulares, el conjunto de un fenómeno.

En Marx la capacidad de crítica y de autocrítica era más vigorosa; ponía freno a la audacia de su pensamiento y lo incitaba a avanzar prudentemente, pisando continuamente la tierra, mientras que Engels, el espíritu todo lleno de digna alegría que le daban sus grandiosos puntos de vista, se entusiasmaba rápidamente y sobrevolaba sobre las más grandes dificultades.

Entre las numerosas sugerencias que Marx recibió de Engels una es, particularmente, importante.

Marx se elevó formidablemente porque dominó la forma de pensamiento alemana y la enriqueció con el pensamiento francés. Engels, por otra parte, lo familiarizó con el pensamiento inglés.

Desde entonces su pensamiento alcanzó toda su plenitud. Nada más erróneo que considerar al marxismo como puramente alemán. Desde el principio fue internacional.

III. La síntesis del pensamiento alemán, francés e inglés

Tres naciones representaban en el siglo XIX la civilización moderna. Sólo quien hubiese asimilado el espíritu de las tres y que estuviese armado, también, con todas las adquisiciones de su siglo, podía producir el inmenso trabajo que realizó Marx.

La síntesis del pensamiento de estas tres naciones, en la que cada una de ellas pierde su aspecto unilateral, constituye el punto de partida de la contribución histórica de Marx y Engels.

El capitalismo, como acabamos de mencionarlo más arriba, estaba, en la segunda mitad del siglo XIX, mucho más desarrollado en Inglaterra que en cualquier otro país. Este desarrollo se debía ante todo a la situación geográfica de esta potencia, situación que le permitió sacar ventajas apreciables de la política colonial de conquista y pillaje en la que se agotaron los estados europeos limítrofes del océano Atlántico.

Gracias a su situación insular, no necesitaba mantener un fuerte ejército permanente, podía consagrar todos sus medios a su flota y conquistar, sin agotarse, la predominancia en los mares. Además, su riqueza en carbón y hierro le permitía consagrar las riquezas adquiridas por la política colonial al desarrollo de una gran industria capitalista que, a su vez, por la dominación de los mares, conquistaba el mercado mundial. Antes del desarrollo de los ferrocarriles el mercado sólo podía abrirse para las mercancías de gran consumo a través de las vías marítimas.

Por esta razón, fue posible estudiar en Inglaterra mejor que ningún otro lugar no solamente al capitalismo y sus tendencias sino, también y como lo hemos indicado, la lucha proletaria de clase que provocaron sus tendencias. En ninguna parte la ciencia del modo de producción capitalista, la economía política, había prosperado tanto. Lo mismo ocurría, gracias al comercio mundial, con la historia económica y la etnología. En Inglaterra se podía aprender, más que en ningún otro lugar, lo que sería la época por venir. Se podía conocer también, gracias a las nuevas ciencias psicológicas, las leyes de la evolución social que regían en todas las épocas, y así constituir la unidad de las ciencias naturales y psicológicas.

Pero Inglaterra no ofrecía para este fin más que el material y no el método de investigación.

Precisamente porque el capitalismo se desarrolló mucho más pronto en Inglaterra que en otros lugares es por lo que la burguesía llegó a la dirección de la Sociedad antes que el feudalismo abdicase completamente en el dominio político, económico y espiritual y por lo que la burguesía conquistó allí una independencia completa. La política colonial misma, que estimulaba al capitalismo, daba también a los señores feudales nuevas fuerzas.

Además, por razones ya mencionadas, el ejército permanente en Inglaterra no alcanzó un gran desarrollo, lo que impidió el establecimiento de un fuerte poder político centralizado.

La burocracia se mantuvo débil y la administración autónoma de las clases reinantes potente frente a ella. Las luchas de clase no se concentraron, pues, sino que, por el contrario, se dispersaron. Resultó de ello un espíritu de compromiso entre el pasado y el presente que penetró toda la vida y todo el pensamiento. Los pensadores y los campeones de las clases nuevas no se levantaron formalmente contra el cristianismo, la aristocracia y la monarquía; sus partidos no redactaron grandes programas. No intentaron pensar sus ideas hasta el final, prefirieron luchar por medidas aisladas sugeridas por la actualidad más que por programas de conjunto. La estrechez de espíritu y el conservadurismo, la sobrevaloración del trabajo de detalle en política como en la ciencia, la abstención de toda veleidad de adquisición de un amplio horizonte, penetraron a todas las clases.

En Francia, la situación era completamente diferente. Este país estaba económicamente más atrasado, sus industrias capitalistas eran ante todo industrias de lujo, la pequeña burguesía era predominante. Pero el tono lo daba la pequeña burguesía de París.

Hasta la introducción de los ferrocarriles, no eran muy numerosas las grandes ciudades de al menos medio millón de habitantes, como París, y ejercían un papel completamente diferente del que juegan actualmente.

Antes del establecimiento de los ferrocarriles, que permitieron los transportes de grandes masas de hombres, los ejércitos sólo podían ser de poca importancia: estaban dispersos en el país, imposibles de reunir rápidamente y su armamento no colocaba a las masas populares en un estado tan de inferioridad como actualmente. También, durante mucho tiempo antes de la Revolución, los parisinos se distinguieron por su

empeñamiento para arrancar, por levantamientos armados repetidos, concesiones al gobierno.

Antes de la introducción de la escolarización obligatoria, del mejoramiento de correos por la utilización del ferrocarril y del telégrafo, y de la difusión de los diarios en el campo, la superioridad y, en consecuencia, la influencia intelectual de la población de las grandes ciudades sobre el conjunto del país era extraordinariamente grande.

La camaradería representaba para la masa de gentes sin instrucción la única posibilidad de formarse un punto de vista político y estético, incluso científico. ¡Cómo de grande era esta posibilidad para la gran ciudad en comparación con las pequeñas ciudades de provincia y las aldeas! Todos aquellos que en Francia tenían espíritu partían hacia París. Todo lo que sucedía en París era la obra de un espíritu superior.

Fue esta población espiritual, brillante y valerosa, la que vio el hundimiento total del poder del estado y de las clases reinantes.

Las mismas causas que contrarrestaban en Francia la evolución económica empujaban a la ruina de la feudalidad y del estado. En primer lugar la política colonial costó a este último un sacrificio formidable, rompiendo su potencia militar y financiera y provocando la ruina de numerosos campesinos y más aun de aristócratas. El estado, la nobleza y la Iglesia, que habían caído en bancarota, política, moral y (salvo la Iglesia) financieramente, supieron, sin embargo, ejercer hasta el extremo su opresión, gracias a la abolición de las organizaciones populares y al poder del gobierno. Este último disponía, en efecto, del ejército permanente y de otra administración importante que había centralizado entre sus manos. Esta situación entrañó finalmente esta catástrofe colosal que conocemos bajo el nombre de Gran Revolución Francesa. Durante este período, los pequeños burgueses y los proletarios de París dominaron Francia e hicieron frente a Europa.

Precedentemente, la oposición aguda y siempre creciente de las necesidades de la masa del pueblo conducido por la burguesía liberal y las necesidades de los nobles y del clero protegidos por los poderes del estado, ya llevó a la crítica más radical de las ideas anteriores. Se declaró la guerra a toda la autoridad tradicional. El materialismo y el ateísmo, simples caprichos de una nobleza venida a menos en Inglaterra y rápidamente desaparecidas del resto tras la victoria de la burguesía, representaban por el contrario en Francia el modo de pensar de los reformadores más audaces y de las clases nuevas. Si en Inglaterra, las causas económicas de los antagonistas y de las luchas fueron manifiestas, en la Francia revolucionaria, por el contrario, se pudo ver claramente que toda la lucha de clases es una lucha por el poder político. Se puede constatar también en Francia que la tarea de un gran partido político no se resume en la aplicación de algunas reformas sino que debe ser la conquista del poder político y que, por otra parte, esta conquista por una clase oprimida entraña siempre una modificación del mecanismo social.

Si en Inglaterra, en la primera mitad del siglo XIX, era la ciencia económica la que estaba más avanzada, en Francia era el pensamiento político; si Inglaterra estaba regida por el espíritu de compromiso, Francia lo estaba por el del radicalismo; si en Inglaterra predominaba el trabajo de detalle de la lenta construcción orgánica, en Francia era el que necesita el ardor revolucionario.

El pensamiento audaz y radical para el no hay nada sagrado, que persigue toda idea hasta el final sin miramientos y sin inquietud por las consecuencias, precedió a la acción audaz y radical. Pero por brillantes y seductores que fueran los resultados de este pensamiento y de esta acción, los defectos de estas ventajas también se desarrollaron. Lleno de impaciencia, no se toma el tiempo para prepararse y alcanzar los objetivos más extremos. Lleno de fervor en conquistar la fortaleza del estado, se descuida el trabajo

preliminar de investigación. Y este empuje para llegar a las más elevadas verdades entrañó rápidamente conclusiones altivas y puso en el lugar de la investigación paciente el gusto por las ideas espirituales e improvisadas. La tendencia a querer encerrar en algunas fórmulas y algunas grandes palabras la plenitud infinita de la vida vio la luz.

Al prosaísmo británico se opuso la borrachera fraseológica gala.

La situación en Alemania era también diferente.

El capitalismo estaba allí aun menos desarrollado que en Francia porque Alemania estaba casi completamente cortada del acceso al océano Atlántico, la gran ruta de los intercambios del comercio mundial de Europa, y porque no se recuperaba, a causa de este hecho, sino lentamente de las horribles devastaciones de la guerra de los Treinta Años. Mucho más que Francia, Alemania era un país pequeño burgués, y además un país sin un fuerte poder político central. Dividido en un gran número de pequeños estados, no tenía una gran capital y la vida de las pequeñas ciudades y pequeños estados hacía a una poco numerosa pequeña burguesía débil y laxa. El hundimiento final de la feudalidad no fue el resultado de un levantamiento interior sino de una invasión del exterior. No son los burgueses alemanes sino, por el contrario, los soldados franceses, quienes derribaron la feudalidad en las zonas más importantes de Alemania.

Cierto, los grandes éxitos de la burguesía ascendente en Inglaterra y en Francia estimularon también a la burguesía alemana, pero el deseo de acción de sus elementos más enérgicos y más inteligentes no pudo realizarse en ninguno de los dominios que había conquistado la burguesía de Europa Occidental. No podían ni fundar ni dirigir grandes empresas comerciales e industriales, ni intervenir en los destinos del estado gracias a los parlamentos y a una prensa potente, ni dirigir flotas y ejércitos. La realidad era desesperante para esta burguesía y no le quedó otro remedio más que la evasión en el pensamiento puro y la transfiguración de la realidad por el arte, al que se dedicó apasionadamente y en el que creó grandes cosas.

Aquí el pueblo alemán sobrepasó a Francia e Inglaterra. Mientras que éstas producían Fox, Pitt y Burke, un Mirabeau, un Danton, un Robespierre, un Nelson y un Napoleón, Alemania dio un Schiller, un Goethe, Kant, Fichte y Hegel.

El pensamiento era la ocupación más elevada de los grandes alemanes, la idea se presentaba en ellos como dueña del mundo, la revolución del pensamiento como medio de revolucionar el mundo. Cuanto más estrecha y miserable era la realidad, más intentaba el pensamiento elevarse por encima de ella, sobrepasar sus límites y comprender todo el infinito.

Mientras que los ingleses concebían los mejores métodos para perfeccionar sus flotas y su industria, los franceses para asegurar la victoria de sus ejércitos y de sus insurrecciones, los alemanes imaginaron los mejores métodos para el avance del pensamiento y de la investigación intelectual.

Pero estos resultados, como los de Francia e Inglaterra, no carecían de desventajas para la teoría como para la práctica. El alejamiento de la realidad produjo una ignorancia del mundo y una sobrevaloración de la importancia de las ideas a las que se atribuyó una vida y fuerza en sí, independientes de la cabeza de los hombres que las creaban y que tenían que realizarlas. Se contentaban con tener teorías justas y descuidaban luchar para conquistar la potencia necesaria a fin de aplicarlas. Por más profunda que fuese la filosofía alemana, por más metódica que deviniese la ciencia alemana, por más entusiasta que fuese el idealismo alemán, por más majestuosas que fuesen las obras que realizaron, todo esto no ocultaba menos una indecible impotencia para actuar y una total y absoluta renuncia frente a la lucha por el poder.

El ideal alemán fue mucho más sublime que el ideal francés o incluso que el ideal inglés, pero no se dio ningún paso para aproximarse a él. Se declaraba de antemano que el ideal era inaccesible.

Durante mucho tiempo los alemanes no supieron desembarazarse del idealismo inactivo, como los ingleses del conservadurismo y los franceses de la fraseología extremista.

El desarrollo de la gran industria hizo desaparecer, finalmente, a este idealismo para reemplazarlo por un espíritu belicoso. Antes había encontrado un reactivo en la influencia del espíritu francés tras la Revolución.

Alemania le es deudora de algunos de sus más grandes espíritus. Recordemos que Henri Heine y Ferdinand Lassale unieron el pensamiento francés revolucionario con el método filosófico alemán.

Pero el resultado fue más importante aun cuando esta unión se completó con la ciencia económica inglesa. Fue a esta síntesis a la que debemos los trabajos de Engels y Marx.

Reconocieron que la economía y la política, el trabajo de detalle de la organización del ardor revolucionario, se condicionaban una a la otra; que el trabajo de detalle es estéril sin el objetivo esencial que es a la vez el estimulante y la razón; que este objetivo es impreciso sin el trabajo previo de detalle, que es el único que da la capacidad de lucha necesaria para lograrlo. Reconocieron también que tal objetivo no puede nacer de la simple necesidad revolucionaria; que debe ser deducido de las ilusiones y del ambiente, por la aplicación concienzuda de los métodos de investigación científica, y que debe estar al unísono del conjunto del saber de la humanidad. Reconocieron además que la economía es el fundamento de la evolución social, y que comprende las leyes que rigen necesariamente esta evolución. Inglaterra les dio la mayor parte de la documentación económica que utilizaron y la filosofía alemana el mejor método para deducir de ella el objetivo de la evolución social contemporánea; la Revolución Francesa les demostró de la forma más clara la necesidad de conquistar la potencia y, especialmente, el poder político para llegar al objetivo.

Fue así como crearon el socialismo científico moderno mediante la fusión de todo lo que el pensamiento inglés, francés y alemán, tenían de grande y fértil.

IV. La unión del movimiento obrero y del socialismo

La concepción materialista de la Historia marcó una fecha memorable. Con ella comienza una nueva era de la ciencia a pesar de todas las protestas de los sabios burgueses. Marca una fecha no solamente en la lucha por la evolución social sino en la política en el mejor sentido de la palabra. Realiza, en efecto, la unión del movimiento obrero y del socialismo, creando así las condiciones más favorables para la lucha de clase proletaria.

El movimiento obrero y el socialismo no son en absoluto idénticos por naturaleza. El movimiento obrero surge, necesariamente, en oposición al capitalismo industrial, en todos los lugares en los que éste aparece, expropiando a las masas trabajadoras y avasallándolas, al mismo tiempo que las reúne y une a pesar de él en las grandes empresas y en las ciudades industriales. La forma originaria del movimiento obrero es puramente económica: la lucha por los salarios y el tiempo de trabajo que, en principio, se expresa en explosiones de desespero y en motines sin preparación para pasar después, rápidamente, a formas superiores de las organizaciones sindicales. Además, la lucha política aparece rápidamente. La misma burguesía, en su lucha contra la feudalidad, tiene necesidad de la ayuda proletaria a la que llama en socorro. Así los

trabajadores aprenden pronto a apreciar la importancia de la libertad y del poder político para sus propios objetivos. Notablemente, el sufragio universal será muy pronto en Francia e Inglaterra el objeto de una aspiración política de los proletarios y los llevará, ya en los años treinta y en Inglaterra, a la formación de un partido proletario, el de los artistas.

El socialismo nació más pronto aun. Ciertamente que fue, como el movimiento obrero, producto del capitalismo: los dos proceden de la necesidad de actuar contra la miseria a la que la explotación capitalista condena a las clases trabajadoras. Cuando la defensa del proletariado se organiza en todos lugares por sí misma en el movimiento obrero, allí donde una importante población obrera se reúne, el socialismo supone un conocimiento profundo de la sociedad moderna. Todo socialismo reposa en la idea que en la sociedad burguesa no es posible acabar con la miseria que proviene del capitalismo. Esta miseria proviene, en efecto, de la propiedad privada de los medios de producción y no puede desaparecer más que con ella. En esto, los diferentes sistemas socialistas están de acuerdo; sólo difieren en la vía que cada uno de ellos quiere seguir para llegar a la supresión de la propiedad privada y en las concepciones que cada uno tiene de la nueva propiedad social que debe reemplazarla.

Por muy ingenuas que puedan ser a veces las esperanzas y los proyectos de los socialistas, las concepciones sobre las que se basan implicaban una ciencia social, que todavía era completamente inaccesible al proletariado en las primeras décadas del siglo XIX. Ciertamente que sólo podía llegar a las concepciones socialistas un hombre que hubiese considerado a la sociedad burguesa desde el punto de vista del proletariado, aun era necesario que ese hombre poseyese los métodos científicos que, en aquella época más que ahora, sólo eran accesibles a los medios burgueses.

El movimiento obrero procede natural y evidentemente de la producción capitalista, en todos los lugares en los que ésta alcanza un determinado nivel. El socialismo, en consecuencia, tiene en su evolución como premisas no solamente el capitalismo sino, también, a un concurso de circunstancias que se presentan raramente.

El socialismo apareció en primer lugar en los medios burgueses. En Inglaterra, el socialismo, muy recientemente aún, era propagado sobretudo por elementos burgueses. Este hecho aparece como una contradicción con la teoría marxista de la lucha de clases pero ello no es cierto más que si la clase burguesa es identificada con el socialismo, o más que si Marx hubiese declarado imposible que individuos no proletarios por razones particulares pudiesen adoptar el punto de vista del proletariado.

Marx afirmó siempre que la única fuerza capaz de hacer triunfar el socialismo es la clase obrera. Con otras palabras, el proletariado no puede liberarse más que por sus propias fuerzas; lo que no quiere decir en absoluto que únicamente proletarios puedan mostrar el camino del socialismo.

No es ya necesario probar hoy en día que el socialismo no es nada si no lo lleva adelante un potente movimiento obrero. Lo contrario también aparece tan claro, es decir que el movimiento obrero sólo puede desarrollar todas sus fuerzas si comprende el socialismo y lo ha adoptado.

El socialismo no es el producto de una ética independiente del tiempo, del espacio y de diferencias de clase. No es otra cosa, esencialmente, más que la ciencia de la sociedad, ciencia que parte del punto de vista del proletariado. La ciencia no sirve solamente para satisfacer la necesidad de saber, conocer lo desconocido y misterioso, sino que también tiene un objetivo económico: ahorrar fuerzas. Le permite al hombre reencontrarse más fácilmente entre las cosas de la realidad, evitar cualquier gasto inútil de fuerzas y, así y en todo momento, obtener el máximo rendimiento posible.

En su origen, la ciencia sirve directa y conscientemente a los objetivos de economía de fuerzas. Cuanto más se desarrolla y se aleja de su punto de partida, más intermediarios hay entre su actividad de investigación y el efecto práctico; pero su conexión no puede así ser suprimida aunque sí velada.

El socialismo, la ciencia proletaria de la sociedad, sirve también para hacer posible la aplicación racional de las fuerzas del proletariado: ha triunfado en ello tanto mejor cuanto más perfecto es él mismo y más profundo conocimiento de la realidad que implica.

La teoría socialista no es en absoluto un juego ocioso de sabios de despacho sino, por el contrario, un asunto muy práctico para el proletariado en lucha.

Su principal arma es el reagrupamiento de la masa en pujantes organizaciones, autónomas y libres de toda influencia burguesa. No se puede llegar a este resultado sin una teoría socialista, que también sirve para discernir el interés proletario común en las diversas capas proletarias y separar a éstas del mundo burgués.

Un movimiento obrero espontáneo y desprovisto de cualquier teoría alzándose desde las clases trabajadoras contra el capitalismo en crecimiento es incapaz de cumplir este trabajo.

Consideremos, por ejemplo, los sindicatos. Son uniones profesionales que buscan defender los intereses inmediatos de sus miembros. Pero ¡cómo de divergentes son los intereses de cada una de las profesiones tomadas por separado: gentes de mar y carboneros, chóferes y tipógrafos! Sin teoría socialista no pueden conocer sus intereses comunes y las diferentes capas del proletariado se consideran mutuamente como extrañas, incluso como enemigas.

Como el sindicato no representa más que los intereses inmediatos de sus miembros, no se encuentra directamente en relación con el conjunto del mundo burgués sino en principio con los capitalistas de su profesión solamente. Existe, al lado de estos capitalistas, toda una serie de elementos burgueses que extraen directa o indirectamente sus recursos de la explotación de proletarios y por ello están interesados en el mantenimiento del orden social burgués. Se opondrán a cualquier intento de poner fin a la explotación de los proletarios, pero no tienen en absoluto interés en que precisamente las relaciones de trabajo de una u otra profesión sean particularmente desfavorables. Le puede ser perfectamente indiferente a un gran propietario terrateniente, a un banquero, a un propietario de diarios o a un abogado, desde el momento en que no poseen títulos, que la fábrica de tejidos de Manchester gane dos o dos chelines y medio por día o que trabaje diez o doce horas por día.

Estos elementos burgueses pueden muy bien tener interés en hacer ciertas concesiones a los sindicatos para obtener de ellos, a cambio, servicios de orden político. Puede ocurrir así que sindicatos, no guiados por la teoría socialista, se dediquen a servicios de causas en absoluto proletarias.

Pero peores cosas son posibles y podrán ocurrir. Todas las capas proletarias no son capaces de elevarse al nivel de la organización sindical. Se crea una diferencia en el proletariado entre trabajadores organizados y no organizados. Cuando los primeros están penetrados por el pensamiento socialista forman la parte más combativa del proletariado. Cuando les falta este pensamiento, los organizados devienen fácilmente aristócratas que no solamente pierden toda simpatía hacia los obreros no organizados sino que, a menudo, incluso entran en oposición con ellos, haciéndoles más difícil organizarse para monopolizar así las ventajas.

Así, el movimiento sindical puede incluso llevar, a pesar del crecimiento de la potencia de determinadas capas, a un debilitamiento directo del conjunto del proletariado cuando el movimiento sindical no está penetrado del espíritu socialista.

La organización política del proletariado tampoco puede ejercer toda su fuerza sin este espíritu. Esto está demostrado claramente por el primer partido obrero, el Cartismo, fundado en 1835 en Inglaterra. Ciertamente éste comprendía a elementos progresistas y clarividentes; sin embargo, en su conjunto, no seguía un programa socialista determinado sino solamente objetivos aislados, prácticos y accesibles. Ante todo, el sufragio universal, que no debe ser ciertamente un objetivo en sí mismo sino un medio de alcanzar el objetivo. Este objetivo sólo consistía para el conjunto de los cartistas en reivindicaciones económicas inmediatas aisladas y, ante todo, en la jornada de trabajo normal de diez horas. Resultó de ello una primera desventaja: el partido no fue puramente un partido de clase, el sufragio universal le interesaba también a los pequeño burgueses.

Debe parecerle ventajoso a más de uno que la pequeña burguesía en tanto que tal se sume al partido obrero. Por ello, éste será más numerosos, pero no más fuerte. El proletariado tiene sus propios intereses y sus propios métodos de combate que se distinguen de los de todas las otras clases. Restringe su acción por la unión con los otros y no puede, por eso mismo, ejercer toda su fuerza. Ciertamente que los pequeño burgueses y campesinos son bien recibidos entre nosotros, socialistas, cuando quieren unirse a nosotros, pero solamente cuando se colocan sobre una base proletaria y se consideran como proletarios. Nuestro programa socialista está ahí para garantizar que únicamente tales elementos de la pequeña burguesía y del pequeño campesinado acudan a nosotros. Parecido programa les faltaba a los cartistas y así numerosos elementos pequeño burgueses se unieron a su lucha por el derecho electoral, elementos que poseían también poca comprensión e inclinación hacia los métodos de lucha y los intereses proletarios.

Como consecuencia fatal tuvieron lugar vivas luchas internas en el mismo cartismo, luchas que lo debilitaron mucho.

La derrota de la Revolución de 1848 puso enseguida fin por una década a todo movimiento obrero político. Cuando el proletariado europeo se agitó de nuevo, la lucha por el sufragio universal retomó entre la clase obrera inglesa. No se podía esperar a una resurrección del cartismo. Pero entonces la burguesía inglesa dio un golpe maestro. Dividió al proletariado inglés, concedió el derecho de voto a los trabajadores organizados, los separó del resto del proletariado y previno por ello la resurrección del cartismo.

Como éste no poseía programa de conjunto que superase la reivindicación del derecho de voto, desde el momento en que se dio respuesta a esta reivindicación de tal manera que la parte combativa de la clase obrera quedase satisfecha, la base del cartismo había desaparecido. Sólo a fines del siglo, y siguiendo de muy lejos a los trabajadores del continente europeo, fundaron los ingleses un nuevo partido obrero autónomo. ¡Pero durante mucho tiempo no entendieron la significación práctica del socialismo para el desarrollo completo de la fuerza del proletariado y rechazaron aceptar para su partido un programa porque éste no podía ser más que un programa socialista! Esperaron a que la lógica de los hechos les obligase.

Actualmente y bajo todas las relaciones, las condiciones de la unión tan necesaria del movimiento obrero y del socialismo están cumplidas. Faltaban en los primeros lustros del siglo XIX.

Los trabajadores fueron abatidos en esta época por el primer asalto del capitalismo. En cuanto a estudiar de una manera profunda los problemas sociales, les faltaban los medios.

Los socialistas burgueses, por esta razón, sólo vieron de la miseria que el capitalismo extendía un solo aspecto, la opresión, y no el otro que excitante que aguijoneaba al proletariado hacia la ascensión revolucionaria. Creían que no había más

que un factor que permitía realizar la liberación del proletariado: la buena voluntad de la burguesía. Apreciaban a la burguesía en su propio valor, creyendo encontrar en ella suficientes compañeros de ideas para estar en condiciones de aplicar medidas socialistas. Su propaganda socialista encontró al comienzo, por otra parte, mucho eco entre los filántropos burgueses. Los burgueses no son, en efecto, en general inhumanos; la miseria los emociona y, desde el momento en que no sacan beneficio, quisieran suprimirla voluntariamente. Tan sensibles como son hacia el proletariado sufriente son de duros frente al proletariado militante. Sienten que éste rompe la base de sus medios de existencia. El proletariado que mendiga goza de su simpatía, el que reivindica los coloca en un salvaje estado de hostilidad. Así los socialistas burgueses encontrarán poco gusto en que el movimiento obrero les amenace con quitarles el factor con el que más cuenta: la simpatía de la burguesía bien pensante hacia los proletarios.

Veían mucho más en el movimiento obrero un elemento enojoso porque su confianza en el proletariado, que en ese tiempo representaba aún en general una masa de un nivel extremadamente bajo, era mínima y constaban más claramente la insuficiencia e ingenuidad del movimiento obrero.

Llegaron a alzarse directamente contra el movimiento obrero, por ejemplo, mostrando cómo los sindicatos serían superfluos puesto que sólo querían aumentar los salarios en lugar de combatir el mismo sistema de salariado que es la causa de todo el mal.

Poco a poco sin embargo, se preparaba un viraje. Hacia 1840, el movimiento obrero había evolucionado suficientemente como para producir una serie de espíritus de los mejor dotados que asimilaban el socialismo y que vieron en él la ciencia proletaria de la sociedad. Estos trabajadores sabían ya, por su propia experiencia, que no podían contar con la filantropía de la burguesía. Comprendieron que el proletariado debía liberarse por sí mismo. Además, socialistas burgueses también llegaron a la idea que no podían confiar en la generosidad de la burguesía. Cierto, no confiaban en el proletariado. Su movimiento sólo les parecía una fuerza destructiva que amenazaba toda civilización. Creyeron que sólo la inteligencia burguesa podía construir una sociedad socialista, ya no veían la fuerza motriz necesaria para este fin en la *compasión* hacia el proletariado sino en el *miedo* a un proletariado agresivo. Captaron su impresionante poder y comprendieron que el movimiento obrero proviene, necesariamente, del modo de producción capitalista y que crece siempre durante este modo de producción. Esperaban que el miedo al movimiento obrero en crecimiento incitase a la burguesía inteligente a descartar el peligro mediante medidas socialistas. Era un progreso importante, aunque la unión del socialismo y del movimiento obrero no podía proceder de tal concepción. A los obreros socialistas les faltaba, en efecto y a pesar de todo el genio de algunos de ellos, el vasto saber necesario para fundar una teoría del socialismo en la que éste estuviese orgánicamente ligado con el movimiento obrero.

Los obreros socialistas sólo pudieron retomar el viejo socialismo burgués, es decir el utopismo y adaptarlo a sus necesidades.

Aquellos que fueron lo más lejos en este sentido fueron determinados socialistas proletarios que procedían del cartismo o de la Revolución Francesa. Estos últimos especialmente adquirieron una gran importancia para la historia del socialismo. La gran Revolución había extraído claramente la significación que puede tener para la liberación de una clase la conquista del poder del estado.

En esta revolución, gracias a circunstancias particulares, una potente organización política, el Club de los Jacobinos, llegó a dominar París y, a través de ella, a toda Francia, mediante la acción terrorista de pequeños burgueses mezclados, en una fuerte proporción, con elementos proletarios. E incluso durante la Revolución,

Babeuf había sacado ya las consecuencias de ésta en un sentido puramente proletario y buscado, mediante una conjura, conquistar el poder de estado para una organización comunista.

El recuerdo de estos acontecimientos no se había borrado entre los obreros franceses. La conquista del poder, por los socialistas proletarios, constituía rápidamente el medio por el cual querían ganar el poder necesario para la realización del socialismo. Pero considerando la debilidad e inmadurez del proletariado, no podían concebir otro camino para conquistar el poder más que el “putsch” de determinado número de conjurados que debían liberar la Revolución. Entre los representantes de estas ideas, Blanqui es el más conocido. En Alemania, Weitling representa concepciones semejantes.

Otros socialistas procedieron también de la Revolución Francesa. Pero el “putsch”, o la tentativa revolucionaria, les parecía un medio poco apropiado para derrocar la dominación del capital. Como la tendencia mencionada más arriba, ésta contaba poco con la potencia del movimiento obrero. Salió de apuros descuidando ver hasta qué punto la pequeña burguesía reposa en la misma base de propiedad privada de los medios de producción que el capital y creía que los proletarios podrían ajustar cuentas con los capitalistas sin oposición de la pequeña burguesía, o “del Pueblo”, e incluso con su ayuda.

Sólo se necesitaba la República y el sufragio universal para obligar al estado a tomar medidas socialistas.

Esta concepción de muchos republicanos, de entre los cuales el más remarcable fue Luis Blanc, encontró en Alemania una contrapartida en la concepción monarquista de la realeza social, que mantenían algunos profesores y otros ideólogos como Rodbertus.

Este socialismo de estado monarquista sólo fue una moda, algunas veces demagógica. Jamás adquirió una significación práctica seria. No ocurre lo mismo con las tendencias representadas por Blanqui y Luís Blanc. Dominaron París durante las jornadas de la Revolución de febrero de 1848.

Estas tendencias encontraron en la persona de Proudhon un potente crítico. Proudhon dudaba tanto del proletariado como del estado y de la revolución. Admitía bien que el proletariado debe liberarse a sí mismo; pero también vio que, si la clase obrera quería luchar por su liberación, tenía que entablar el combate para conquistar el poder, porque incluso la simple lucha económica depende del estado. Como Proudhon no creía que la conquista del poder tuviese posibilidad de éxito, aconsejaba al proletariado abstenerse en sus esfuerzos de emancipación de toda lucha e intentar sólo los medios de organización pacífica, como por ejemplo los bancos de intercambio, las cajas de seguros y otras instituciones. Para los sindicatos, tenía también tan poca comprensión como para la política.

Así, el movimiento obrero y el socialismo, y todos los intentos de crear una relación más estrecha entre ellos, durante la década en que Marx y Engels fijaron su punto de vista y sus métodos, formaban un caos de tendencias tan diversas como múltiples, caos en el que cada una de ellas había descubierto una pequeña parte de lo verdadero pero que ninguna de ellas podía captarlo completamente y en el que toda ellas debían acabar, tarde o temprano, en fracaso.

Lo que no ocurrió con estas tendencias triunfó en el materialismo histórico, el cual, además de su gran significación para la ciencia, adquirió una no menor importancia social. Tenía que facilitar tanto la revolución de una como de la otra.

Marx y Engels, igual que los socialistas de su tiempo, constataron que el movimiento obrero parecía insuficiente cuando se le opone al socialismo y se le

pregunta: ¿cuál es el medio más apropiado, el movimiento obrero (sindicato, lucha por el derecho de voto, etc.) o el socialismo, para procurar al proletariado medios seguros de existencia y la supresión de toda explotación? Pero también constataron que esta pregunta estaba, de hecho, mal planteada. Socialismo, medios seguros de existencia del proletariado y supresión de toda explotación, son idénticos. La cuestión es simplemente esta: ¿cómo puede llegar al socialismo el proletariado? Y aquí la doctrina de la lucha de clases responde: por el movimiento obrero.

Cierto, éste no está en condiciones de procurar inmediatamente al proletariado una existencia segura y la supresión de toda explotación, pero no es solamente el medio indispensable para impedir la caída en la miseria de los proletarios aislados sino, también, para procurar al conjunto de la clase de trabajadores una fuerza cada vez más grande, una fuerza intelectual, económica y política que crece continuamente, incluso si, al mismo tiempo, la explotación del proletariado aumenta. No se debe apreciar al movimiento obrero según su importancia en la limitación de la explotación sino, por el contrario, de acuerdo con su importancia desde el punto de vista del crecimiento del poder del proletariado. La fuerza que puede y debe tomar posesión del estado bajo la forma de la República Democrática e introducir el socialismo nace de la lucha de clases, que puede durar decenas de años e, incluso, generaciones y no de la conjura de Blanqui, ni del socialismo de estado de Luís Blanc y de Rodbertus, ni de las organizaciones pacíficas de Proudhon.

Llevar adelante la lucha de clases económica y política, ocuparse de la manera más celosa del trabajo de detalle, pero con el pensamiento de realizarlo con amplias miras socialistas, agrupar en un todo formidable, unificado y armonioso, desarrollándose irresistiblemente cada día las organizaciones y las actividades del proletariado, estas son, según Marx y Engels, las tareas de todos aquellos que, proletarios o no, se colocan en el punto de vista del proletariado al que quieren liberar.

El crecimiento del poder del proletariado descansa él mismo, en última instancia, sobre el reemplazo de los modos de producción precapitalistas y pequeño burgueses por el modo de producción capitalista que aumenta el número de proletarios, los concentra, los hace indispensables para el conjunto de la sociedad y crea, al mismo tiempo y a causa del capital cada vez más concentrado, las premisas de la organización social de la producción que ya no deben ser buscadas arbitrariamente por los utopistas sino, por el contrario, deben proceder de la realidad capitalista.

Por esta concepción, Marx y Engels han creado el fundamento sobre el que se eleva la democracia socialista, el fundamento sobre el que se coloca el proletariado militante del mundo entero y del que parte su marcha triunfal.

Esta contribución no fue posible mientras que el socialismo no poseyó su ciencia independiente de la de la burguesía. Los socialistas anteriores a Marx y Engels eran, ciertamente y en la mayor parte, iniciados en la ciencia de la economía política pero la tomaban sin espíritu crítico, bajo la forma en la que había sido creada por los pensadores burgueses, y no se distinguían de ellos más que por las conclusiones a favor del proletariado que extraían.

Marx fue el primero en emprender, de una manera completamente independiente, el estudio del modo de producción capitalista y mostró cómo se puede concebir más claramente y más profundamente cuando se le considera desde un punto de vista proletario en lugar de desde un punto de vista burgués, porque el punto de vista proletario supera ese modo de producción en lugar de incluirse en él. Sólo Marx logró captar el carácter histórico propio del capitalismo al considerarlo como una forma social que evoluciona.

Este formidable trabajo está contenido en *El Capital* de Marx, aparecido en 1867. Antes, ya había expuesto, con Engels, su nuevo punto de vista socialista en el *Manifiesto Comunista* de 1848.

Así, el combate de emancipación proletaria recibió un fundamento científico de una grandeza y una solidez que no poseyó ninguna otra clase revolucionaria antes. Pero, ciertamente, no ha habido ninguna clase a la que le incumbiese una tarea tan gigantesca como la que le incumbe al proletariado moderno que debe reencuadrar el mundo entero que el capitalismo ha sacado de sus puntadas de cosido. El proletariado no es, por suerte, un Hamlet que acoge tal tarea con lamento. De la grandeza de ésta saca él su confianza.

V. Síntesis de la teoría y de la práctica

Hemos examinado los principales trabajos de Marx y de su colaborador Engels. Pero la exposición de su producción quedaría incompleta si no hablásemos de la síntesis de la teoría y la práctica que constituye uno de sus aspectos principales.

Para el pensamiento burgués, esto es una debilidad de su obra científica, ante la cual, puede que con maledicencia e incompreensión incluso, la ciencia burguesa debe inclinarse. Si se hubiese tratado sólo de esos teóricos y sabios de laboratorio que se hubiesen contentado con exponer su teoría en un lenguaje incomprensible para el común de los mortales en inaccesibles infolios, esto hubiera tenido un pase. Pero el hecho que su ciencia nace de la lucha y debe, a su vez, servir a la lucha, la lucha contra el orden establecido, esto ha tenido que borrar su imparcialidad y quitarle su honestidad.

Esta miserable forma de considerar las cosas no permite ver en un luchador más que a un abogado, a quien su ciencia no sirve para nada más que para nutrirlo de argumentos contra la parte adversa.

Nadie tiene más necesidad de la verdad que el luchador comprometido en una terrible lucha, con la perspectiva de no resistir a no ser que conozca claramente su situación y medios de acción.

Los jueces que interpretan las leyes del estado pueden ser inducidos a error por las estratagemas de un abogadillo hábil. No ocurre lo mismo con la necesidad de las leyes naturales que se pueden conocer pero no embaucar o corromper.

El luchador que se encuentra en esta situación sacará fuerzas, en el ardor de la lucha, de un deseo más grande de entera verdad. Y también el deseo no de conservar para sí la verdad adquirida sino de comunicarla a sus compañeros de lucha.

Así, Engels escribía entre 1845 y 1848, época en la que él y Marx alcanzaban sus nuevos resultados científicos, que no tenían en absoluto intención “de murmurar estos resultados en grandes libros exclusivamente reservados al mundo sabio”. Por el contrario, se pusieron inmediatamente en contacto con organizaciones proletarias para hacer en ellas propaganda de sus concepciones y de la táctica que les corresponde. Triunfaron así en ganar para sus principios a la internacional “Unión de los Comunistas”, una de las más importantes entre las asociaciones proletarias revolucionarias de la época, principios que encontraron su expresión pocas semanas antes de la revolución de febrero de 1848 en el *Manifiesto Comunista* que debía servir de “hilo conductor” al movimiento proletario de todos los países.

La revolución llamó a Marx y Engels, cuando estaban en Bruselas, primero a París y, enseguida, a Alemania donde consagraron cierto tiempo a la práctica revolucionaria.

La caída de la revolución les obligó, muy a su pesar, a partir de 1850, a consagrarse enteramente a la teoría. Pero cuando, a comienzos de los años 1860, el

movimiento obrero se recuperó con rapidez, Marx se volcó inmediatamente (Engels se vio impedido, en principio, por razones personales) con todas sus fuerzas en el trabajo práctico en el seno del movimiento.

Entró en la Asociación Internacional de Trabajadores, fundada en 1864 y que debía convertirse rápidamente en un espantajo para toda la Europa burguesa.

El ridículo espíritu policiaco con el que incluso la democracia burguesa sospechaba de todo movimiento proletario, presentaba a la Internacional como una monstruosa sociedad de conspiración que se había fijado como única tarea la organización de disturbios y tentativas revolucionarias. En realidad perseguía abiertamente sus objetivos: la concentración de todas las fuerzas proletarias en una actividad común, pero propia, liberar de toda política o pensamiento burgués, en vistas a la expropiación por el proletariado del capital, y la conquista de todos los instrumentos políticos y económicos de las clases poseedoras. El paso más importante y más decisivo en esta vía es la conquista del poder político, pero la emancipación económica de las clases trabajadoras es el objetivo final “al que debe subordinarse todo movimiento político como simple medio.”

Como medio más apropiado para el crecimiento del poder proletario, Marx considera la organización.

“La clase obrera posee un elemento de triunfo [dice en el *Manifiesto Inaugural*]: el número. Pero el número no pesa en la balanza si no está unido por la asociación y guiado por el saber [“y conduce a un objetivo preciso” en la cita de Kautsky en la versión francesa; NdE]”¹

Sin objetivo, no hay organización. Únicamente el objetivo común puede unir a los diferentes individuos en una organización común. Por otra parte, la diversidad de los objetivos es una causa de división, al igual que la comunidad de objetivo lleva a la unión.

Precisamente a causa de la importancia de la organización para el proletariado, todo depende del género de objetivo que se asigna. Este objetivo reviste la mayor significación práctica. Nada menos práctico que esta forma de ver las cosas y que parece de un gran realismo político: el movimiento lo es todo, el objetivo nada. ¿Es que la organización no es entonces nada y el movimiento desorganizado lo es todo?

Ya antes de Marx los socialistas le asignaron objetivos al proletariado. Pero éstos provocaron el sectarismo y dividieron a los proletarios porque cada uno de esos socialistas ponía el acento sobre la manera especial que él había encontrado para resolver el problema social. Tantas soluciones, tantas sectas.

Marx no dio una solución particular. Se opuso a todas las exigencias de ser “positivas”, y de exponer en detalle las medidas a tomar, por las cuales se emanciparía el proletariado. No propuso a la Internacional más que este objetivo general de la organización, objetivo que todo proletario podía adoptar: la liberación económica de su clase; y el camino que él mostraba para lograrlo era el que el instinto de clase del proletariado indicaba: la lucha de clases política y económica.

La forma sindicalista de la organización fue la que Marx propagó ante todo en la Internacional; apareció como la forma de organización que podía reunir, lo más rápidamente posible, a grandes masas de una forma durable. En los sindicatos, también vio a los cuadros del partido obrero. Su penetración de espíritu de la lucha de clases y su comprensión de las condiciones, gracias a las cuales la expropiación de la clase

¹ Freymond, Jacque (dir.), *La Primera Internacional*, tomo I, Editorial Zero, Bilbao, 1973, página 51; todas las versiones que hemos podido consultar en castellano, francés, inglés y alemán, concuerdan con la opción “saber” [NdE].

capitalista y la liberación del proletariado eran posibles, no actuaron menos activamente que el desarrollo de la organización sindical misma.

Existían fuertes oposiciones a vencer, precisamente entre los trabajadores más avanzados, que estaban entonces penetrados por el espíritu de los antiguos socialistas y que apreciaban poco a los sindicatos, porque éstos no atacaban al sistema de salariado. Les parecieron como una desviación del buen método, que veían en la fundación de organizaciones en las cuales el sistema de salariado estaba directamente vencido como en las cooperativas de producción. Si, a pesar de todo, la organización sindical hizo rápidos progresos en el continente europeo a partir de la segunda mitad de los años sesenta, se debió ante todo a la Internacional y a la influencia que Marx ejerció sobre ella y por ella.

Los sindicatos no eran para Marx un fin en sí mismos sino solamente el medio de llevar adelante la lucha contra el orden capitalista. Se opuso de la forma más enérgica a los jefes de los sindicatos que trataron de desviarlos de este objetivo (ya fuera por razones estrechamente personales o por consideraciones puramente sindicales, especialmente contra los funcionarios sindicales que comenzaron a hacer trampas con los liberales).

Igual de indulgente y tolerante que era Marx, en general, con las masas proletarias lo era de severo con aquellos que se presentaban como sus jefes. Esto fue cierto sobretodo respecto a los teóricos.

Para Marx, en la organización proletaria era bienvenido cualquier proletario que se presentase con la honesta intención de participar en la lucha de clases, fuesen cuales fuesen las concepciones que el nuevo adherente predicase, los motivos de acción teóricos que le llevasen a ella o los argumentos que emplease; que fuese ateo o cristiano, proudhoniano, blanquista, weitlingiano o lassallano, que comprendiese la teoría del valor o que la tuviese por superflua. Naturalmente no le era indiferente relacionarse con obreros con las concepciones claras o llenas de confusión. Consideraba como un deber importante clarificarlos, pero hubiese considerado un error rechazar a trabajadores porque pensasen de una forma confusa, y descartarlos así de la organización. Depositaba toda su confianza en el poder de las contradicciones de clase y en la lógica de la lucha de clases que debía llevar a cada proletario en la buena vía desde el momento en que se había adherido a una organización que servía para una verdadera lucha de clase proletaria.

Pero se comportaba de una manera diferente de cara a las gentes que acudieron al proletariado como profesores y que expandían concepciones propias para dificultar la fuerza y unidad de esta lucha de clase. Frente a tales elementos no conocía la indulgencia. Se opuso a ellos con crítica despiadada; aunque sus intenciones fueran las mejores; su actividad le parecía en cualquier caso reprobable (incluso cuando daba resultados y no repercutía en un despilfarro de fuerzas).

Gracias a ello, Marx siempre fue uno de los hombres más odiado; odio no solamente de la burguesía que temía en él al enemigo más peligroso sino, también, de todos los sectarios, inventores, consufionistas cultivados y otros elementos parecidos en el campo socialista que se levantaban más apasionadamente contra su “intolerancia”, su “autoritarismo”, su “dogmatismo” y su “inquisición” cuanto más dolorosamente sufrían su crítica.

Con sus concepciones, nosotros, marxistas, hemos retomado también esta posición y estamos orgullosos de ello. No es aquel que se siente el más débil quien se queja de la “intolerancia” de una crítica puramente ideológica. Nadie ha sido más ferozmente criticado que Marx. Pero hasta ahora no ha sucedido nunca que un marxista

cante una endecha sobre la intolerancia de nuestros adversarios de ideas. Para ello, nuestra tarea es muy segura.

Por el contrario, el desaliento, que a veces se manifiesta en las masas proletarias a consecuencia de querellas de ideas entre el marxismo y sus críticos, no nos deja indiferentes. Este desaliento expresa una necesidad completamente justificada: la de la unidad del combate de clase y del agrupamiento de todos los elementos proletarios en una gran masa distintiva; el de evitar divisiones que puedan debilitar al proletariado.

Los trabajadores conocen muy bien la fuerza que extraen de su unidad, la aprecian más que la claridad teórica y maldicen de las discusiones teóricas cuando éstas amenazan llevar a la división. Y ello con razón porque la necesidad de claridad teórica produciría lo contrario de aquello que debería dar si debilitase la lucha de clases proletaria en lugar de reforzarla.

Un marxista que lleve una divergencia teórica hasta la división de una organización de combate proletaria no actuará de una manera marxista, es decir en el sentido de la doctrina marxista de la lucha de clase para la cual cada paso adelante es más importante que una docena de programas.

Marx y Engels han expuesto en el *Manifiesto Comunista*, en el capítulo titulado “Proletarios y Comunistas”, su concepción relativa a la posición que los marxistas debían ocupar en las organizaciones proletarias. Los comunistas eran, más o menos, aquellos a quienes hoy en día llamamos marxistas.

En ese capítulo se puede leer

“¿Cuál es la posición de los comunistas con respecto a los proletarios en general?

Los comunistas forman un partido aparte, opuesto a los otros partidos obreros.

No tienen intereses algunos que no sean los intereses del conjunto del proletariado.

No proclaman principios especiales a los que quisieran amoldar el movimiento proletario.

Los comunistas sólo se distinguen de los demás partidos proletarios en que, por una parte, en las diferentes luchas nacionales de los proletarios, destacan y hacen valer los intereses comunes a todo el proletariado, independientemente de la nacionalidad; y, por otra parte, en que, en las diferentes fases del desarrollo por que pasa la lucha entre el proletariado y la burguesía, representan siempre los intereses del movimiento en su conjunto.

Prácticamente, los comunistas son, pues, el sector más resuelto de los partidos obreros de todos los países, el sector que siempre impulsa adelante a los demás; teóricamente, tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de su clara visión de las condiciones, de la marcha y de los resultados generales del movimiento proletario.

El objetivo inmediato de los comunistas es el mismo que el de todos los demás partidos proletarios: constitución de los proletarios en clase, derrocamiento de la dominación burguesa, conquista del Poder político por el proletariado.

Las tesis teóricas de los comunistas no se basan en modo alguno en ideas y principios inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo.

No son sino la expresión de conjunto de las condiciones reales de una lucha de clases existente, de un movimiento histórico que se está desarrollando ante nuestros ojos.”²

Desde que hace ochenta y cinco años [en 1933] que fue escrito esto, ha cambiado más de una situación, de forma que estas frases no pueden ser aplicadas al pie

² Marx y Engels, *Manifiesto Comunista*, en *Obras escogidas en 2 tomos*, Editorial Ayuso, Madrid, 1975, tomo 1, páginas 31 y 32 [NdE]

de la letra. En 1848 todavía no existían grandes partidos obreros unitarios con programas generales socialistas y, al lado de la teoría marxista, se encontraban otras muy extendidas.

Hoy en día sólo existe, entre el proletariado militante unido en partidos de masas, una única teoría socialista viviente: la teoría marxista. Todos los miembros de los partidos obreros no son marxistas, y aun menos tienen una sólida formación marxista. Pero entre ellos, aquellos que no admiten la teoría marxista no tienen teoría propia. O bien cuestionan la utilidad de cualquier teoría o programa o bien remueven trocitos del pensamiento premarxista. Lo que es suficiente para los objetivos habituales de agitación popular, pero insuficiente cuando se trata de discernir en la realidad los fenómenos nuevos e inesperados. Precisamente a causa de esta flexibilidad y de esta inconsistencia en esta posición no se puede hacer con ella un edificio que desafíe todas las tempestades.

Hoy en día el marxismo no debe dirigirse ya contra otras concepciones socialistas. Sus críticos ya no le oponen otras ideas sino que emiten solamente dudas sobre la necesidad de una teoría en general, o al menos de una teoría consecuente. Ya no se le oponen en el movimiento obrero más que expresiones tales como “dogmatismo”, “ortodoxia” y otros y no más nuevos sistemas.

Para nosotros, marxistas, esta sólo es una razón más para no querer encerrar al movimiento obrero en una secta marxista particular que se separase de las otras capas del proletariado militante. Al igual que Marx, nosotros consideramos como tarea nuestra unir al conjunto del proletariado en un organismo de lucha. En el interior de este organismo, siempre será nuestro objetivo seguir siendo “la parte más activa y más avanzada” que “tenga sobre el resto del proletariado la ventaja de una inteligencia neta de las condiciones, de la marcha y de los fines generales del movimiento proletario”, es decir que nosotros nos esforzamos en suministrar el máximo, en la acción práctica y en el estudio teórico, de lo que sea posible suministrar bajo circunstancias determinadas. No queremos tener una situación especial en la organización general del proletariado agrupado en partido de clase más que por la superioridad de nuestro trabajo, que nos asegure la superioridad de nuestro punto de vista marxista. El proletariado, por otra parte, en todas partes en que no está penetrado por el marxismo está obligado por la fuerza de las cosas a tomar el camino del mismo.

Es muy raro que un marxista, o un grupo marxista, hayan llamado a la escisión por divergencias teóricas. Cuando ha habido divisiones siempre han sido divisiones por razones prácticas y no teóricas; siempre han sido divergencias tácticas o de organización las que han llevado a ello, y la teoría sólo ha sido el chivo expiatorio cargado con todos los pecados cometidos en la ocasión.

Marx no solamente mostró teóricamente la vía por la que el proletariado debe alcanzar más rápidamente su alto objetivo, también ha sido prácticamente un avanzado en esta vía. Por su actividad en la Internacional devino un guía para toda nuestra actividad práctica.

Hoy en día aún, la oposición tan profunda entre comunistas y socialdemócratas no es teórica sino práctica. Por este motivo no hablaremos de ella aquí mucho. Esta oposición es una oposición táctica y de organización, y no del marxismo y del antimarxismo, sino por el contrario el de la democracia y la dictadura. Al respecto, podemos, nosotros socialdemócratas, referirnos plenamente a Marx, que intervino en las cuestiones del partido y de los sindicatos a favor de la democracia más completa y en la del estado a favor de la república democrática.³

³ Párrafo añadido en 1933.

No solamente como pensador sino también como modelo, tenemos aquí que conmemorar a Marx o, mejor, lo que más está en su espíritu: estudiarlo. No sacaremos un menor beneficio de la historia de su actividad personal que de la de sus estudios teóricos.

Para conocer su audacia hay que leer su proceso que se desarrolló en Colonia el 9 de febrero de 1849 a causa de su llamamiento a la resistencia armada, proceso en el que expone la necesidad de una nueva revolución. El vigilante cuidado que mostraba hacia sus compañeros, en los que pensaba siempre antes que pensar en él, cuando él mismo vivía en la más gran miseria, especialmente tras el hundimiento de la revolución de 1848, como tras la caída de la Comuna de París en 1871, es testimonio de su bondad y abnegación. Toda su vida fue una cadena sin interrupción de pruebas, a las que sólo un hombre en el que la perseverancia y la energía superaban con mucho la medida común pudo resistir.

Desde el principio de su actividad en la *Rheinische Zeitung*, en 1842, fue expulsado de país en país, hasta el momento en que la Revolución de 1848 le hizo esperar la victoria. A causa de la derrota de la revolución se vio de nuevo lanzado en la miseria política y personal, miseria que parecía mucho más sin esperanza a causa que en el exilio fue boicoteado, por una parte, por la democracia burguesa y, por la otra, por los mismos comunistas que le combatían porque no era, según ellos, suficientemente revolucionario y porque un gran número de sus partidarios estaban encarcelados para numerosos años en las fortalezas prusianas. Finalmente llegó un claro, la Internacional; pero después de unos pocos años, desapreció también a consecuencia de la caída de la Comuna de París, y fue disuelta en la confusión. Ciertamente, la Internacional había cumplido su tarea de la manera más brillante, pero precisamente a causa de ello los movimientos revolucionarios de los diferentes países habían devenido autónomos. Cuanto más aumentaba, más necesidad tenía la Internacional de una forma de organización más elástica, que dejase lugar a las diferentes organizaciones nacionales. Sin embargo, en el mismo momento, los dirigentes de los sindicatos ingleses que querían marchar con los liberales se sintieron a disgusto a causa de las tendencias de la lucha de clases, cuando en los países latinos el anarquismo bakunista se rebelaba contra la participación de los trabajadores en la política: fenómenos que empujaron precisamente entonces al Consejo General de la Internacional a la aplicación más rigurosa de sus atribuciones centralizadoras, cuando el federalismo era más necesario que nunca en la organización.

La fiera nave pilotada por Marx embarrancó en este escollo.

Esta fue una amarga desilusión para Marx. Ciertamente entonces llegó la brillante ascensión de la socialdemocracia alemana y el refuerzo del movimiento revolucionario en Rusia. Sin embargo, la ley sobre los socialistas puso muy pronto fin a esta ascensión brillante, y el terrorismo ruso alcanzó su punto culminante en 1881. A partir de ese momento fue declinando.

Así, la actividad política de Marx fue una cadena sin interrupción de fracasos y desilusiones, al igual que su actividad científica. La obra de su vida, *El Capital*, de la cual había esperado mucho, quedó aparentemente desapercibida y sin acción. Incluso en su propio partido, su obra fue poco comprendida hasta el comienzo de los años ochenta.

Marx murió justo en el umbral del tiempo en que las semillas que había prodigado en los períodos más áridos debían germinar. Murió en el momento en que el movimiento proletario se extendía a toda Europa y se penetraba del espíritu de Marx colocándose los fundamentos que había establecido, que dio un período de ascenso victorioso al proletariado.

A pesar de cómo de desalentadora hubiera sido esta situación para muchos hombres, a Marx jamás le quitó su permanencia de humor ni sus convicciones. Superó tan fuertemente su medio y vio tan lejos de éste, que pudo apercibir mucho más lejos de este medio la tierra prometida que la gran masa de sus contemporáneos ni sospechaba que existiese. La grandeza de su obra científica, la profundidad de su teoría (de donde extrajo lo mejor de su fuerza de carácter, donde enraizaron su energía y sus convicciones) le pusieron a salvo de todo desfallecimiento y de ese desequilibrio de sentimientos que hace pasar del júbilo de hoy en día al sombrío pesimismo de mañana.

Nosotros también tenemos que beber de esa fuente a fin de estar seguros que estaremos a la altura de nuestra tarea. Entonces podremos esperar alcanzar nuestro objetivo más pronto que si no lo hiciésemos así. La bandera de la liberación del proletariado y de la humanidad entera que desplegó Marx, que blandió la generación anterior a la nuestra, jamás abatida, jamás desalentada por ataques continuamente renovados, esta bandera la plantarán sobre las ruinas de la fortaleza capitalista los combatientes que él formó.



Cuadernos de formación marxista
Año 2014

Para contactar con nosotros:
germinal_1917@yahoo.es
Visita nuestra página web:
www.grupgerminal.org